

era joven (...) más bien era un maduro personaje de importancia, tal vez un judío, tal vez un eclesiástico..." (página 8). La identificación del autor y los datos que hoy se poseen de él inclinan, efectivamente, a la consideración de que cuando escribió los actos II-XVI (estado que representa la edición de 1499) era, en verdad, muy joven, pues murió en 1541.

Pero lo central del libro de miss Clara L. Penney es su propósito bibliográfico. Al mostrar una parte del rico fondo que posee la HSA, presta un gran servicio a los estudiosos de la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*.—Juan Loveluck.

■

"EL JOVEN LAUREL", segunda antología realizada por *Roque Esteban Scarpa*. Academia Literaria del Saint George's College. Santiago de Chile, 1955. 127 páginas

Recuerdo dos nombres: José Miguel Ibáñez, vencedor en el certamen poético del Primer Festival de Arte Universitario de 1954, con *Qué palabras, qué lágrimas*; Jaime Silva, autor de una pieza dramática, *El otro avaro*. Del uno supe porque oficié de secretario del jurado que discernió el premio, disputado por concursantes de diversos países hispanoamericanos y un ciento de jóvenes poetas universitarios chilenos. Del otro, porque me llegó el libro secretamente, hallándome desprevenido, por mano de un correo ciego y cojo. Me sorprendió *El otro avaro* por su extraña madurez. Había en el joven autor un comediógrafo de técnica más depurada que la de cualquier autor nacional. ¿Qué es de él?

Ahora me llega por un correo avizor, que me sorprende frente al mar y empinado en la falda de los cerros porteños, esta antología, la segunda de *El joven Laurel*.

Roque E. Scarpa merece una aprobación absoluta por esta labor magnífica. Una aprobación absuelta de toda visión parcial o comprometida. Notable labor la de este maestro de juventud que tiene

en la suya, bien defendida, las avanzadas castigantes de su cátedra universitaria, de su numeración académica y de ese "don" respetuoso que sus alumnos anteponen a su nombre y que nos lo hace aparecer desconocido.

Qué maravillosa labor la de Scarpa que no tiene otro horizonte que el descubrimiento del poeta en el alma de los estudiantes adolescentes. Y qué suerte la suya de verse rodeado año a año de cantidad de espíritus creadores. Jóvenes creadores de novedad incitante y de ingenuidad candorosa, lúcida, o de atisbos crueles y acedos, como hechos de este tiempo.

Estos poetas adolescentes no son poetas alambicados ni dulcerosos. Son poetas atentos a las cosas, sensibles. Son sensibilidades alertas. Ellos hacen la poesía que aquí se hace. Desconcertante poesía, pero de la mejor que debe hacerse. La que está más cerca de nosotros. La que se hace mirando con ojos propios y viendo intensamente. Entre ellos lo primario es su ser poetas, luego: poetas adolescentes.

Cuando se posee el don todo se hace lleno de peligros. Pero los destinos no están escritos, se hacen, hay que escribirlos. Cuánta poesía en la vida en ciernes de estos poetas. Cuánto futuro en esta poesía cuestionante:

A dónde llegaré con estas luces (Montealegre)

*¡Ah, si poseyera toda la tarde,
toda la tarde con sus bordes grises,
qué de cosas... qué de cosas* (Maffei)

*También el cielo,
pero el cielo es hondo y se adivina poco.* (Vega)

Qué prodigiosa nostalgia de siglos parece haberse apretado en esos versos que habrían angustiado a los hombres de carne y hueso

de Unamuno, y al mismo viejo rector, como a nosotros, en sacudida terrible, "pero el cielo es hondo y se adivina poco".

Un joven poeta de diecisiete años con apellido de bardo prerromántico inglés, Brian Collins, ha escrito esto:

A UNA PIEDRA

*Fragmento de flor endurecida,
fría amiga y vecina de la tierra,
suave perfil pulido por la brisa,
cuéntame tu historia.*

*Tú que vives de nada
y seguirás viviendo del polvo que te envuelve
como de un aire, de un trigo o una esperanza,
cuéntame la historia de ese cielo
de sonrisa pálida,
o de tu corazón tan frío y misterioso.
Dime de quién son esas lágrimas
que tu rostro enmudecen
cada mañana.*

*Hija del olvido,
dime tu palabra.*

Aquí está también Hernán Montealegre:

No temas por esto que voy a decirte

Ya le conocíamos por *Cielo en la Tierra* que lo reveló como uno de los promisorios poetas jóvenes. Montealegre trae una vena lírica nueva, no abierta antes entre nosotros. Nos parece un joven poeta de personalidad acusada a sus diecinueve años. Es el mayor de la

antología, el más maduro. Su palabra es novedosa y promisoriosa y su tarea, de hondura.

Todos estos jóvenes forman una promoción novísima a la que no alcanzan las observaciones que hayamos hecho o que hagamos sobre la poesía joven de nuestro país, pero sí les auguramos un futuro magnífico.—*Cedomil Goic.*



DAVID H. LAWRENCE, PROFETA DEL AMOR

La novela inglesa, en el siglo actual, presenta interesante variedad de matices y originalidad. Es realista con Galsworthy, Bennet y Joyce; romántica con Kipling, Conrad, Chesterton y Wells; psicológica con Katherine Mansfiel y Virginia Wolf; romántica, a veces, y otras realista, con David H. Lawrence y Somerset Maugham. Con el aporte de estos autores, Inglaterra tiene el cuadro más completo de novelistas de Europa. Galsworthy pintó la vida de la clase media acomodada, simbolizada en la familia Forsyte. Bennet, influido por el naturalismo francés, describió la vida de los centros industriales de Stafforshire. Joyce, impresionista, valiéndose del monólogo interior. Kipling evoca el mundo maravilloso de los animales de la selva y la vida no menos maravillosa de esa enmarañada selva humana que es la India. Conrad, polaco nacionalizado, se muestra uno de los mejores intérpretes del carácter inglés, a través de sus novelas de mar, y uno de los grandes estilistas de la lengua inglesa. Chesterton, con gran talento y agresividad, abre rutas nuevas al interés por la Edad Media y la fe cristiana. Wells, basándose en la ciencia, crea mundos fantásticos e imagina mundos utópicos del porvenir. Huxley hace novelas combinando elementos de nuestra compleja cultura actual y Maugham destaca hechos vulgares con tal maestría que parecen extraordinarios, presentando la vida con la objetividad de un lord que mira las cosas con monóculo. Junto a todos ellos, y a muchos otros que no caben en una breve sinopsis, está David H. Lawrence.